

Atentamente,  
tu amigo  
el lobo  
¿feroz?

Día  
de muertos  
para el  
olimpio

Me  
recordó  
a ti



# 100

**CONCURSO DE CUENTO**  
**GONZALO**  
**LÓPEZ DE HARO**



Décimo Concurso de Cuento  
Gonzalo López de Haro  
Universidad Nacional Autónoma de México  
Facultad de Ingeniería  
2026, 49 págs.

---

## Décimo Concurso de Cuento Gonzalo López de Haro

Primera edición, 2026

D.R. © 2026, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Avenida Universidad 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma  
de México, Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,  
C.P. 04510, México, D.F.

Facultad de Ingeniería  
<http://www.ingenieria.unam.mx/>

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial  
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular  
de los derechos patrimoniales.

Hecho en México.

---

UNIDAD DE APOYO EDITORIAL  
Cuidado de la edición: María Cuairán Ruidíaz  
Formación editorial: Luis Enrique Vite Rangel  
Ilustración de portada: Nismet Díaz Ferro  
Las ilustraciones en interiores fueron generadas  
con apoyo de Chat GPT.

# Índice

Prólogo . . . . . IV

## **Ganadores . . . . . 1**

Me recordó a ti . . . . . 2

Día de muertos para el olimpo . . . . . 6

Atentamente, tu amigo el lobo ¿feroz? . . . . . 11

## **Finalistas . . . . . 16**

Meteorito interrumpido . . . . . 17

Un pedazo de luna en el bolsillo . . . . . 21

La muerte de un niño . . . . . 26

El canto de la tierra . . . . . 31

Un cuento absurdo . . . . . 36

¿Por qué el agua se tragó al barrio? . . . . . 41

## **Participantes . . . . . 44**

# Prólogo

Hay participantes en nuestro concurso de cuento que logran sorprendernos con el final, también hay participantes que corroboran el final que habíamos pensado, hay cuentistas en el concurso que con el final hacen que saquemos todo tipo de sentimientos, con algunos finales de cuentos lloramos, con otros reímos, con otros nos invadimos de horror y con otros simplemente nos quedamos sin aliento, en fin Silvia Bullrich menciona: “El factor sorpresa del final suele ser el gran acierto de muchos cuentistas”

En los cuentos, los cambios de situación logran poner más atención, pensamos: qué pasó, como puede ser, Mario Benedetti llama a esto: “la palabra clave para identificar el cuento, parece ser la peripecia”. Por esto mismo Cristina Peri-Rossi dice: “El cuento representa una experiencia única e irrepetible”.

En las reuniones, donde jueces deciden quiénes serán finalistas y quiénes premiados hablan de descubrir talentos. Edgar Allan Poe hablando del género apunta: “...el cuento propiamente dicho ofrece el mejor campo para el ejercicio del más alto talento”.

El concurso de cuento en Facultad de Ingeniería es como cuando se presenta un examen, sólo que sin pensar en una calificación, ya que el arte es tan subjetivo, tan individual, tan creativo... que sería imposible poner una calificación aprobatoria y menos reprobatoria. Por eso, jueces dicen que se ven en verdaderos problemas, piensan que tan sólo por escribir un cuento ya mereces un premio. Al respecto citamos a Silvia Molina: “El artista no cuenta con reglas para la creación, el arte no puede crearse con reglas”.

**Ana G. García y Colomé**

# Ganadores

# Me recordó a ti

José Eduardo Barradas Güemes

«Kayinatsu»

El día de hoy era un nuevo día, diferente de ayer, aunque igual de desconocido que mañana, había pasado exactamente una semana desde la última vez en la que nos habíamos visto y, como siempre, tenía que esperar pacientemente mientras veía por la ventana; una única gran ventana de la cual sabía con seguridad que habías pedido que estuviera frente a mi cama solo para mi gozo.

Nunca habías tardado tanto en aparecer por la puerta, por lo que no pude evitar pensar -¿Te habrás aburrido de mí?, digo, siempre he sido demasiado para este mundo- pero antes de continuar con mi monólogo que nunca saldría de mis pensamientos, escuché el canto de Seeck, esa ave que bautizaste en mi honor y me hizo recordar inmediatamente ese último día que habías venido a visitarme.

Me acercaste a la ventana, era demasiado alta para que yo pudiera ver, pero siempre te asegurabas de describirme lo bellas que estaban las flores en el parque de enfrente, o lo increíble que se verían los autos en el cielo si volaran. Mientras imaginaba y deseaba

desprenderme de mi pesado cuerpo y salir a verlo por mi propia cuenta. Deseaba moverme un poco, pero mis brazos aún dormidos no me permitían poner la fuerza necesaria, recordé la última vez que me había sucedido, me dijiste -No te preocupes, yo lo hago- y mientras pensaba en lo difícil que era tu rutina me dejaba llevar a través del cuarto hasta la esquina del lado derecho de la cama; en ese sitio se encontraba una pequeña mesa plegable que ya habías arreglado dejando fotos encima de ésta.

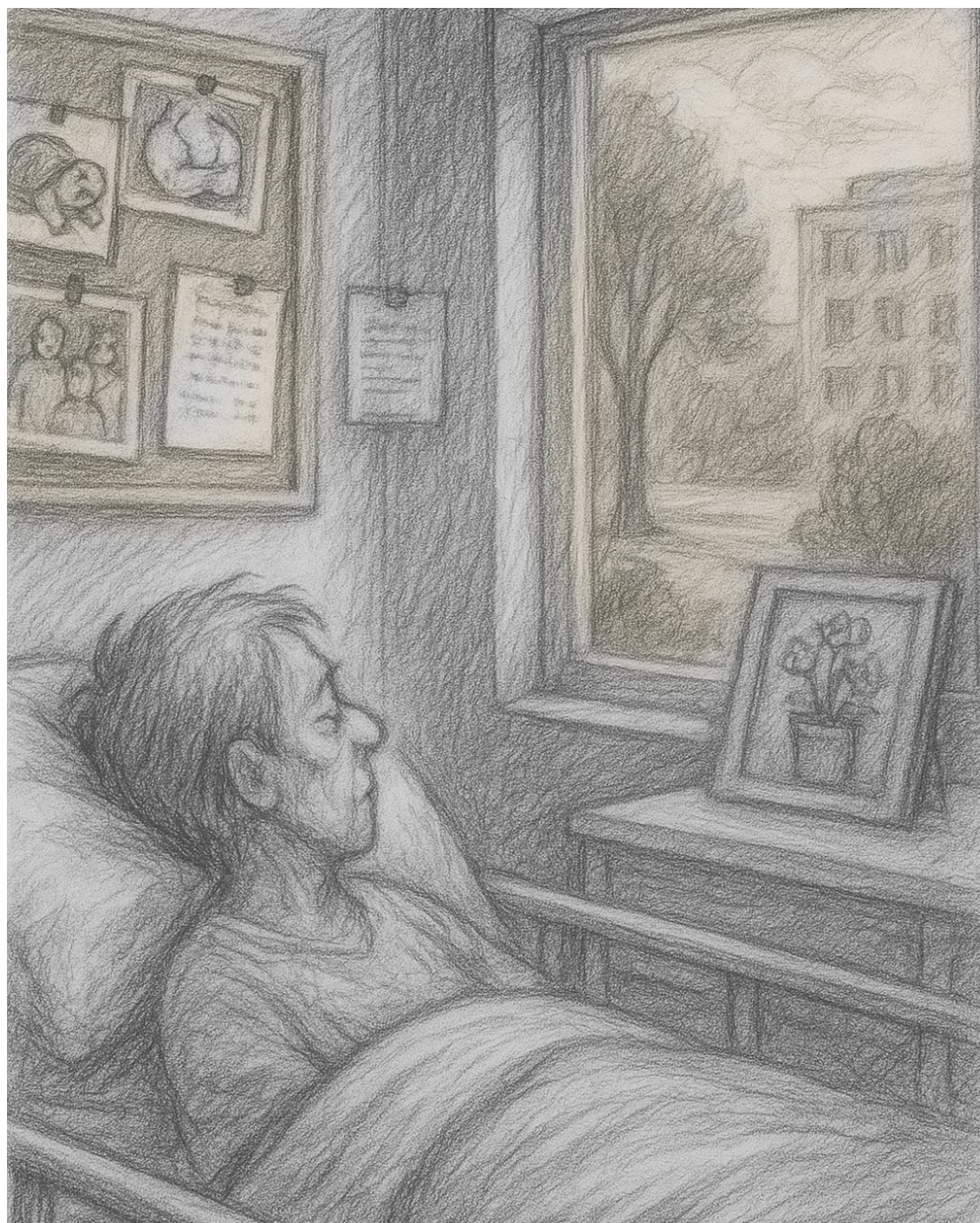
Sobre ese lado de la pared habías colgado un pizarrón de corcho, cada vez que lo veo viene a mi memoria tu imagen poniéndolo, no fue fácil, pero tu noble intención impidió que te rindieras; lo usabas para colocar fotos, incluso colgaste un cuadro que compraste con foto incluida y no cambiaste porque te gustaba la imagen con la que venía. Las fotos de esa última vez fueron del edificio por fuera, otra de tu tortuga y una más de un perro haciendo fisicoculturismo con el objetivo de hacerme sonreír; para agregarlas a la colección en el pizarrón de corcho te dirigías a la esquina en el lado izquierdo de la cama, ahí tenía un mueble color crema que se camuflaba con todo lo blanco del cuarto, me llegaba al cuello y a mí me gustaba así porque podía ver las flores que me traían más de cerca y no hacía falta que me agachara para tomar cosas de los cajones, aunque había dejado de hacerlo desde hacía ya un tiempo; sacabas del mueble lo que necesitabas para poner las nuevas fotos en el pizarrón, pero nunca tocabas mis favoritas, sobre todo una con todos que se encontraba justo en el centro lo más abajo posible para que pudiera verla plácidamente, justo a un lado de la nota con los números importantes en caso de algún percance.

Me preocupaba demasiado que pasado medio día aún no hayas aparecido, una vez más algo que me recordó a ti, a esta hora ya habrías extendido la alfombra que guardas bajo la cama para que empezáramos mis ejercicios; primero empezábamos con las manos, seguido de mis codos y al final mis brazos completos, el mismo procedimiento para mi otro brazo; para mis piernas comenzabas por los pies, luego las rodillas y finalizábamos con toda la extremidad.

Yo no podía hacer nada más que no fuera mirar al techo, te diste cuenta de ello hace unas semanas, así que ahora el techo estaba cubierto de planetas y estrellas que brillan en la oscuridad; en ese momento solo podía sentir que flotaba, pero mi cuerpo era una pesada ancla que me impedía levantarme, -En una etapa como la tuya, no sentir los ejercicios es algo normal- dijeron, me habría encantado debatir el significado de normal, pero desde ese tiempo ya no era tan fácil para mí pronunciar las palabras al ritmo que yo quería.

Pronto atardecería, sabía desde antes que no puedo vivir sin ti, me habría gustado decírtelo, pero ya era imposible hacer salir palabras de mi boca, el cambio del color en el cielo, que anunciaba un hermoso atardecer me recordó a ti; las aves comenzaban a llegar a los árboles del parque de enfrente, ya te habías encargado de guardar la alfombra y la mesita, me subías a la silla de ruedas y me colocabas a una distancia de la ventana exacta para poder disfrutar en primera fila el atardecer; a mi lado ponías una silla de acampar, nunca sabré de dónde vienen tantas ideas locas, pero las agradecía mucho. Me ayudabas a comer mientras los colores del horizonte se

oscurecían. La noche había llegado, y lo único que se repitió fue que, al estar en completa relajación, mis ojos cansados comenzaban a cerrarse, dejándome volar mientras me aferraba a aquello que me recordó a ti.



# Día de muertos para el Olimpo

Luna Fernanda Acosta Durán

«Luna Ghost»



El calor y la lava, mezclados con el profundo sentimiento pesimista hacían que la atmósfera del inframundo se tiñera de rojo y negro. Los gritos agonizantes y de sufrimiento de las almas en pena que habitaban el reino hacían que Hades se sintiera cada vez más deprimido, sentado en su trono en el castillo más negro jamás visto, con su enorme perro de tres cabezas, Cerbero.

Mientras Hades seguía observando y juzgando a las almas de aquellas personas que acababan de morir, Hermes, el mensajero de los dioses, entró en el castillo pasando por encima de las almas hasta llegar al trono del dios del inframundo. — Veo que las cosas no andan muy bien por aquí últimamente. — Tienes toda la razón, ya estoy considerando el retiro. — Un dios no se puede retirar, Hades. Pero por lo visto podemos acudir a fiestas de vez en cuando, tal vez te anime ir a una de ellas. — ¿Cómo dices?, ¿Una fiesta? Sin volver a pronunciar palabra alguna, Hermes le entregó una carta a Hades, más que una carta tenía la pinta de ser una invitación.

En el centro del sobre de la carta había un sello de cera con un diseño un poco peculiar. Había una cara en el centro y alrededor un montón de símbolos extraños con picos, Hades recordaba haber visto ese símbolo en algún otro lado, pero no recordaba dónde. Abrió la carta y la observó cuidadosamente, era una invitación importante, una reunión de dioses. “Queridos amigos del monte Olimpo y sus alrededores: Nos complace invitarlos a la más maravillosa fiesta mexicana en honor a los muertos. Los esperamos en dirección conocida (el Zócalo de la Ciudad de México), el día de mañana 2 de Noviembre a las 10 de la noche.

Esperemos que no falten porque la fiesta se pondrá divertida, los esperamos con ansias. Atentamente. Dioses mexicas.” De todas las cosas posibles Hades no podía imaginarse que una invitación del otro lado del mar hubiera sido enviada específicamente a ellos, y más importante, que lo hubieran tomado en cuenta. Sin embargo, no estaba seguro de asistir, tenía las ganas de ver qué pasaba en el inframundo mexicano, pero por otra parte, sentía que no podía abandonar su trabajo por un rato. Lo pensó un buen rato mientras seguía juzgando almas, entonces llegó a la conclusión de que jamás lo habían invitado a una fiesta. ¿Qué se tenía que hacer? En ese mismo momento decidió que iría.

Llamó a sus hermanos Zeus y Poseidón y les contó de la carta que había recibido, quienes obviamente ya la tenían y sabían del asunto. Nadie sabía qué esperar de unos dioses que habitaban al otro lado del mar. Cuando dio la tarde del 2 de noviembre todos los dioses griegos que habían sido invitados se reunieron en el panteón de los dioses, parecía una asamblea de personas altas vestidas para ir a una sauna, todos de blanco, a excepción de Hades. Después de verse unos a otros y llegar a la conclusión de que se veían ridículos, decidieron vestirse como normalmente lo hacían. La mayoría como los guerreros que eran.

Cuando todos estuvieron listos partieron a México. Al llegar a la ciudad vieron un maravilloso mundo colorido, el lugar estaba rebosante de un espíritu festivo, nada comparado con el aburrido y tétrico inframundo de Hades. El día de los muertos es una celebración que los dioses griegos jamás hubieran esperado. Maravillados

siguieron su paseo por la ciudad, viendo cada casa y lugar público con ofrendas, pero las ofrendas no eran para nada comparables con las que les ofrecían a ellos, los dioses griegos.

En lugar de sangre, mujeres y bebidas alcohólicas, en general, había deliciosa comida preparada como un banquete para los humanos pero que en lugar de estar ofrecidas a los dioses estaban ofrecidas para aquellos familiares de los humanos que ya habían partido al otro mundo. Vieron pan de muerto, enchiladas, tamales, atole, calaveritas de azúcar y chocolate, flores, decoraciones con papel picado, calaveras de papel, catrinas y demás cosas.

Cuando finalmente llegaron al Zócalo se encontraron con Tláloc, Quetzalcóatl, Huitzilopochtli, la Cuatlicue y todos los demás dioses mexicas que estaban festejando con sus mejores ropas aquella colorida festividad y les dieron una calurosa bienvenida. — Nos hemos enterado que en su inframundo todo es aburrido y sin colores, queríamos invitarlos aquí a México a celebrar el... ¡Día de los muertos! -- les dijo Huitzilopochtli con un tono dramático y profundo al final. Todos rieron, los dioses griegos aún no salían de su shock inicial, principalmente Hades. Después, Zeus platicó largo rato con Huitzilopochtli, hablaban sobre los rayos y el sol, las guerras y el poder.

Mientras, Poseidón se divertía con Tláloc haciendo travesuras llenando los cielos de nubes, generando lluvia e inundando algunas calles de la ciudad por accidente. Aunque Zeus intentaba despejar el cielo cada vez que los otros dos dioses intentaban otra travesura. Dionisio fue perdonado por un día y pudo volver a tomar vino, aunque la Cuatlicue le invitó unos tequilas para que probara

el sabor de México. Hades no podía creer lo que estaba viendo. Él siempre estaba triste y deprimido porque creía que la muerte no era más que desolación y tristeza.

Quetzalcóatl le explicó que en México celebramos a los muertos cada año ofreciéndoles ofrendas deliciosas, música y baile, flores y colores; él mismo dijo que antes los mexicas creían que ofrendar sangre era lo que ellos querían pero que con el paso del tiempo se habían dado cuenta de que comer y bailar era una buena ofrenda, pero recordar a los muertos con alegría era aún mejor. Hades se despejó de todo sentimiento negativo durante la fiesta, pero lamentablemente, al finalizar el día la celebración terminó y tuvieron que volver al Olimpo. Desde ese día, en el inframundo todo es fiesta, inclusive Hefesto le hizo unas calaveras de bronce, bailarinas a Hades para que lo acompañaran todos los días, aprendieron de los mexicas que esta tradición es un recordatorio de que siempre debemos encontrarle el lado positivo a las circunstancias que nos rodean, todo puede ser divertido y feliz si lo vemos desde otro punto de vista.

# Atentamente, tu amigo el lobo ¿feroz?

Raúl Alejandro Hernández Martínez

«Janos»



De acuerdo, de acuerdo, me declaro culpable, claro, si es que se le puede llamar así. La verdad es que no me arrepiento de lo que hice, de hecho, me siento un tanto orgulloso por ello. Pero eso sí, quiero que conste por este medio que yo no soy ningún delincuente, nunca lo he sido y nunca lo seré, porque ante todo soy un animal de buenos modales. A este punto quizá te preguntarás quién soy, y no te juzgo, lo cierto es que me encantaría dejarte con la intriga hasta el final de mi relato, para que no generes prejuicios sobre mí, pero sinceramente no soy tan malo como me hacen ver.

Yo creo que ya sabes quién soy, y si no, ¿de verdad quieres saberlo? De hecho, tú has escuchado hablar de mí, un centenar de veces, y no exagero. Piénsalo, yo sé que puedes hacer un esfuerzo, ¿lo tienes?, ¿no? , déjame ayudarte, mis amigos, bueno, si es que los tuviera y el mundo entero me conoce como el temible lobo feroz. ¿Verdad que te impresioné?, aunque realmente soy un lobo solitario, porque de feroz no tengo nada, o acaso ¿sólo me llaman feroz por comer carne?, pues bienvenido al mundo real. Además he de admitir que le tengo cierto asco a la carne, por no decir que me desagrada del todo. Las pocas veces que la he comido me la he pasado en el baño por días enteros, y no es broma.

En fin, no estoy aquí para hablar de mis problemas intestinales, sino del golpe de mi vida, la vez en la que el lobo feroz, o como quiera que me llamen, no terminó siendo el malo de la historia. Estoy de acuerdo que los malos actos no se justifican, pero también es importante conocer las dos caras de la moneda. Realmente me consideraba un lobo con muy poca suerte, hasta ahora. Cuando era pequeño mi propia madre prefirió amamantar a un par

de humanos llamados Rómulo y Remo que encontró dentro de una canasta en un río, o al parecer eso parecían, en vez de alimentarme a mí, a su propio hijo, desde ahí tuve el presentimiento que mi relación con su especie no iría por buen camino. También quiero que quede claro por este medio que mi mala fama, no es consecuencia de mis actos, sino, de una difamación llevada a cabo por una sola persona, que al parecer dedicó toda su vida en dejarme mal parado.

Hablo nada más ni nada menos que de Juan Gabriel García Ibargüengoitia, él, como si supiera todo de mi vida, ha contado relatos que solamente han ensuciado mi nombre, apuesto has escuchado algunos. ¿Cómo puede ser posible que yo quisiera comerme a tres cerdos? A caso ¿nunca han escuchado que la carne de puerco hace daño? Además, los cerdos suelen ser sucios y huelen mal, ¡Whuaa!, ni pensarlo, y mucho menos tres. ¿Crees que yo solo los quería fastidiar porque sí? Pues no, aquí el problema es que ellos me robaron los materiales para hacer sus casas, o ¿qué?, ¿nunca te preguntaste de dónde sacaron la paja, la madera, los ladrillos y el cemento para hacerlas?, pues sí, me lo robaron, no creas que eran unas peritas en dulce. Incluso, ni sus nombres dan buena espina, uno era un tal Snowball o bola de nieve, como se le conocía en la granja, otro se llamaba Napoleón y del tercero ni siquiera puedo pronunciar su nombre, pero eran un trío de cerdos revoltosos. Y ¿qué gané tratando de recuperar las cosas que me pertenecían? Una quemadura y el odio de todos por una historia mal contada.

También ya he dicho hasta el cansancio que lo que pasó con Caperucita roja fue por amor, créanme que no me vestiría de abuelita por gusto y mucho menos me comería una, de hecho, debo

admitir que me hizo daño al estómago. Pero bueno, esa es otra historia. El punto es que un día caminando por el hermoso bosque escuché una canción, que la verdad era bastante pegajosa, pero, cuando le puse atención a la letra me sorprendió, iba más o menos así «Jugaremos en el bosque, mientras el lobo no está aquí, porque si el lobo aparece a todos nos comerá...» O algo parecido, pero ¿Cómo un lobo con modales como yo querría comerse a unos cuantos niños? Además están sucios todo el tiempo, preferiría una langosta o una ensalada de frutos rojos. Volviendo al tema, descubrí tiempo después que aquella cancioncita al igual que todas las historias falsas sobre mí, eran obra de Juan Gabriel García Ibargüengoitia. Cansado de esto, decidí cobrarme todos los malos tragos, pensé y pensé, pero nada que se me ocurría. Salí esa tarde para que las ideas se me refrescaran, ¡bingo!, recordé que Juan era dueño de unas cuantas docenas de borregas, y todas las mañanas las pastoreaba en el campo, así que fui a vigilar. Tremenda sorpresa me di cuando vi que quien las pastoreaba era un niño, de hecho, el hijo de Juan, su nombre era Pedro. Ahí se me ocurrió lo que estoy a punto de contar, y por lo cual me declaro culpable. Decidí hacer mi venganza no contra Juan Gabriel García Ibargüengoitia, porque en realidad ya era muy viejo, preferí vengarme con su hijo. Así como sus historias me hicieron quedar mal, decidí darle una cucharada de su propio chocolate, pero con su primogénito.

La verdad es que todo fue improvisado, de hecho, cuanto más me acercaba al niño, mi corazón se aceleraba por no saber qué decir. — ¡Hola amiguito!, me presento, soy el lobo feroz— le decía, mientras le enseñaba mis dientes — así que voy a proceder

a... — ¡Ayuda, ayuda!, ¡el lobo!— gritó Pedro mientras corría, antes de que yo terminara de hablar. Ágilmente fui a esconderme detrás de un arbusto, para cuando llegó la gente yo ya no estaba, comenzaron a buscarme, pero no me encontraron, así que esperé a que se fueran todos y nuevamente hice mi aparición. — Como te decía pequeño, creo que me comeré a tus ovejas y después a ti — dije, lanzando una risita burlona. — ¡Ayuda, ayuda!, ¡el lobo!, que se come a mis ovejas— gritó Pedro mientras corría nuevamente hacia el pueblo. La gente con palos y trincheras nuevamente regresaron al campo, pero siguieron sin ver rastro de mí, porque yo ya estaba a lo lejos observándolos atrás de un árbol. Las personas retornaron a sus casas molestas con Pedro, y yo estaba que bailaba de alegría. — Mira niño, grita todo lo que quieras, dudo mucho que vengan a ayudarte. Así, que con permiso, voy a cenarme a tus borregas. — ¡Ayuda!, ¡el lobo regresó!, es de verdad. Pero nadie vino, ni un alma, de la desesperación salió corriendo al pueblo para pedir ayuda y ni una sola persona le volvió a creer.

Así fue como en esa historia, el malo del cuento fue una persona y no el lobo, Pedro el mentiroso. Y repito, la verdad es que no tengo remordimiento de ello, incluso hasta siento cierta satisfacción cuando lo recuerdo.

En cuanto a las borregas, obviamente no me las comí, por si te lo preguntas. Solamente las dejé libres, tenían mucha lana para mi gusto. Así que para la próxima que escuches un cuento, pregúntate si el malo de esa historia verdaderamente lo es y tómate el tiempo de escuchar su versión de la historia. Atentamente, tu amigo el lobo ¿feroz?

# Finalistas

# Meteorito interrumpido

Omar Rodríguez Uribe

«Mho»

Una semana y media para un viaje que no debía durar más de algunas horas. La comida se terminó y de agua sólo quedan unos cuantos sorbos. Si no estuviera aquí solo, los suministros se habrían acabado hace días. Los controles ya no responden, el silencio se está volviendo insoportable y, por si fuera poco, este lugar se siente incluso más estrecho que antes. Tampoco hay comunicaciones. Cesaron casi al mismo tiempo que entré en órbita.

Sin embargo, logré interceptar un último mensaje: los líderes de las potencias que encabezaban ambos bandos de la guerra iban a reunirse para firmar la paz mundial. En cuanto me enteré de esto, entendí mi situación por completo. Tras acceder a cesar los conflictos ya nadie vendría en mi ayuda. No porque no pudieran, sino porque su paz es frágil y el simple hecho de revelar mi existencia y mi razón de estar aquí molestaría al enemigo lo suficiente como para reanudar la batalla justo donde la había dejado.

Aunque la verdad se trataría de una guerra completamente diferente; una menos sangrienta, pero más destructiva. En ella,

todos estarían dispuestos a utilizar armas tan letales como la que llevo en la cabina de al lado.

Fue por eso por lo que la operación “meteorito” terminó de repente y las millones de unidades de destrucción masiva se convirtieron en millones de unidades de vergüenza y arrepentimiento. Sólo me queda mirar al vacío. Justo ahora estoy bajo la constelación de Orión. De pequeño creía que las tres estrellas que forman su cinturón eran reyes con obsequios por regalar.

Hoy puedo confirmarlo. Alnitak, la primera de ellas me trae como obsequio la burla por mi ingenuidad. Creí que después de esta misión sería visto como un héroe, como aquel que le dio la victoria a su país. ¡Pasaría a la Historia! Ahora la estrella se ríe de mi porque la Historia me dio la espalda. Nadie se detendrá a pensar en si vale la pena mi sufrimiento porque mi vida no será sólo el precio para salvar muchas más, sino también la moneda de cambio para pactar la paz mundial. Quién diría que el acto más heroico es el de dejarse morir. Alnilam, más amable que su compañera, sólo me trae pena y sollozos. Me recuerda mi tragedia, pero no lo hace con culpa sino con simple y llana tristeza; como si supiera que yo no fui hecho para estar a su lado en la bóveda celeste.

Mintaka, por su parte, me mira con asco y desprecio. Ella sabe que las cientos de familias que hoy digo salvar, son las mismas con las que iba a terminar hace tan sólo unos días. Me recuerda que, si estoy aquí, es porque lo merezco. Es así como terminé aquí flotando entre mis pensamientos y los instrumentos de navegación. Aquí donde la temperatura desciende cada vez más.

Aquí donde un pobre intento de soldado me mira desde el reflejo del cristal con una expresión de miedo y horror. Aquí donde descansa la punta de la vanguardia tecnológica nacional lista para aniquilar todo a su paso. Sin embargo, de aquí nada escapa.

Dentro de las paredes de esta nave, la humanidad selló herméticamente sus pecados y trató de olvidarlos en este infierno, fingiendo que nunca existieron. Un infierno que cambió sus brasas calcinantes por tintineos helados. El mal pasó del infra al ultramundo. Los acecha desde las alturas. Pero eso no me preocupa. El humano, tan humano como siempre, cometerá algún error, terminará con la falsa idea de paz y buscará al diablo entre el infierno. Entonces la antena volverá a recibir señal.

Entonces recordarán que olvidaron tirada en el vacío su envidia, su avaricia y su deseo de poder. Entonces me necesitarán, sí, me necesitarán y cuando eso pase vendrán por mí. Por ahora sólo tengo que sobrevivir. No me pueden dejar aquí. No después de todo lo que hice. Todo vuelve a ser más pequeño. Oigo un susurro. Son mis amigas centellantes. No, no son susurros. Son lamentos. Son risas. Se quejan y se ríen de mí. Hablan cada vez más fuerte.

Gritan. Tengo que irme. No puedo respirar. Aire, necesito aire. La ventana, por supuesto. Maldición, está cerrada. ¡Rómpela, rómpela! Las risas. Los sollozos. ¡Rápido! Un extintor. Un golpe. La desesperación. El oxígeno. Desorientado. Dos golpes. ¡Perdón, perdón! Tres golpes, una grieta. ¡Alguien sáqueme de aquí! ¡Silencio! ¡Silencio! Cuatro golpes. Silencio...



# Un pedazo de luna en el bolsillo

Zaira Berenice Perdomo Monroy

## «El Principito»

“Su abuelo falleció, mis condolencias, espero regrese pronto”. Escuché la voz del vecino a través del teléfono, me quedé helado y no supe qué responder, había salido a otro estado por asuntos de trabajo.

No podía creerlo, cuando me marché a Jalisco el viernes por la tarde aún habíamos platicado acerca de mi nuevo trabajo y lo que haríamos con esa entrada de dinero. ¿Cómo murió? Es un misterio.

Le había encargado al vecino que al menos lo fuera a visitar por las noches para ver que la alacena estuviera llena y si necesitaba algo, si bien se podía mover dentro de la casa, ya era muy pesado para el abuelo salir por las cosas del hogar, cocinar era algo que hasta el final de sus días disfrutaba hacer, aunque le cansara enormemente.

Regresé lo más rápido que pude, había muerto durante el día, no se explican qué pasó ni la hora a la que ocurrió, simplemente estaba tendido en su cama como dormido. Tan pronto como llegué me hice cargo de la burocracia que implica morir: los papeles, el sepulturero, el médico, las misas, coordinar los rosarios.

Todo eso lo hice mecánicamente, sin pensar que la única persona que me quedaba en esta vida se había marchado, sin una despedida. Heredé su casa, no sabía que él había arreglado su testamento con todo a mi nombre, yo no quería nada, todo lo que había en esa cabaña en el bosque no tenía sentido sin él.

Al terminar las misas, los rosarios y quedarme solo, me sumí en una profunda depresión, como tenía dinero suficiente para sobrevivir unos meses sin preocuparme, renuncié a mi trabajo y me quedé en el que había sido el hogar toda mi vida. Me la pasaba durmiendo, comía las escasas veces que me daba hambre.

Comencé a tener sueños lucidos con mi infancia, volando papalotes con el abuelo, en mi sueño traía la misma ropa con la que había dormido en día anterior, un suéter gris de rombos, raído por el paso del tiempo, que era del abuelo; en él metí el cordón sobrante del papalote a mi bolsa, todo estaba como antes en la pequeña cabaña en las montañas. Mi abuelo corría como nunca y reíamos cuando me tropezaba con las piedras.

Quería preguntarle por qué viví con él y no con mis padres, pero desperté. Sentía una enorme frustración de nunca haber sabido eso, me dirigí a la cocina para preparar un té, metí mis manos al bolsillo y sentí algo, era la cuerda que había guardado del papalote en mi sueño, no me explicaba cómo llegó ahí, últimamente había muchas cosas de las que no entendía razones.

Puse a hervir agua y me volví a recostar.

En mi sueño estaba en la luna, podía observar desde ahí el universo infinito, veía mi hogar: la tierra como una pequeñita esfera azul en el horizonte, recordando lo que pasó con la cuerda, tomé

una pequeña piedra de la luna, era imposible que apareciera al despertar, como lo fue que apareciera el cordón, intenté salir de mi ensueño, pero mi cuerpo no respondía, creo que no estaba sobre mi control el poder despertar. Vagué por la luna hasta que fuera el momento, tuve un tropiezo y desperté exaltado.

Sonaba fuerte la tetera avisando que estaba lista, corrí a apagarla y busqué el pedazo de luna que guardé en el bolsillo y para mi sorpresa ¡Ahí estaba! Me cercioré antes de recostarme de no tener nada en la bolsa y ahí estaba en el viejo suéter del abuelo. No había duda, alguna conexión tenía mi vida real con los sueños, era un portal que podía materializar las cosas de mi subconsciente, no entiendo cómo.

Intenté guardar en los otros bolsillos de mis otras prendas cosas de mis sueños que había perdido con anterioridad y sólo en ese espacio onírico encontraba, pero no tenía efecto, sólo ese suéter gris podía traerlos a esta mi realidad. Además, yo no podía controlar el ambiente que me tocaba soñar, todo era muy extraño. Al saber el secreto intentaba dormir, pero en ocasiones el insomnio me invadía y no podía escapar a mi subconsciente, no me quitaba ese suéter, no sabía cuándo iba a poder dormir y soñar como tanto deseaba.

Hice muchos viajes en mis ensoñaciones, pero lo que más me interesaba era volver a soñar con mi pequeña cabaña en el bosque, intentaba recuperar cosas que perdí en el pasado, aunque mi mente no cooperaba, y para mí era difícil concentrarme en algo más que mis sueños. Cuando lograba volver a casa traía objetos que el paso del tiempo extravió o por necesidades económicas el abuelo había

empeñado, ya no lo veía a él en sueños, se esfumó como en la vida real. Aún teníamos tanto por compartir, me quede con muchas dudas, con mucho por decir y ni en sueños podía hacerlo.

Seguí mi travesía onírica cada que las condiciones se prestaban, recuperé el collar de oro con esmeraldas de la abuela, que mi abuelo tristemente empeño cuando la enterramos, le hubiera dado mucho gusto tenerlo en sus manos de nuevo, era lo último que ella dejó tras su partida.

Yo seguía sin comer bien, me había quedado sin despensa y me daba pena pedirle al vecino que lo hiciera por mí, porque era joven y podría hacerlo yo mismo, mi vida era dormir y buscar respuestas que nunca encontraba. El último sueño fue de nuevo volando cometas con el abuelo, después de correr como locos entramos a la cabaña a preparar la cena. Él no hablaba, era extraño, sólo señalaba las cosas o respondía con monosílabos, yo lo quería de vuelta sin embargo era imposible meterlo a mi bolsillo. ¿Y si el interior del suéter era lo que escondía la magia? Como era muy grande para mí lo abracé intentando meterlo al suéter, no sabia en qué momento despertaría y deseaba hacerlo con él a mi lado para preparar la cena como lo hacíamos antes y no sólo en mis sueños. Lo abracé fuerte, le dije lo mucho que me hacia falta, lloré como cada día desde su partida. No me respondía, se limitó a abrazarme fuerte para reconfortarme. Y yo no lo dejé salir del interior de mis brazos y el suéter, estirándolo lo mas posible para poder regresar juntos...

¿Desperté? No lo sé, me encuentro en un espacio blanco infinito, no veo mi cuerpo, ni el suyo, ni nada material. Logro percibir

su presencia y la de la abuela, oigo sus risas a lo lejos, puedo distinguirla entre muchos murmullos lejanos, miles de voces nos rodean, aunque las suyas resaltan para mí. No sé dónde estamos ni cómo volver.



# La muerte de un niño

David Francisco Ortiz Muciño

«**Franom**»

El último recuerdo que tengo del tío abuelo Edmund es del día en que murió, la víspera de Navidad de 1947, era ya un hombre bastante viejo, había trabajado toda su vida y la fortuna le había sonreído varios años atrás. No me jacto de tener buena memoria, aunque, para este caso, creo que podría reconstruir la escena con precisión matemática. Siempre critiqué su afición por la arquitectura gótica, demasiado eclesial para mi gusto, sin embargo, pienso que entonces el motivo lo ameritaba bien.

Una enorme habitación, muy grande para ser una recámara, aunque igual muy chica para albergar a todos los presentes, era el recinto que nos resguardaba del frío aquella noche que, en esa época del año, penetraba como cuchillo hasta los huesos. Las luces pálidas de los candelabros y las paredes de mármol de un color marrón oscuro solo podían enaltecer la solemnidad del momento. La cara oriente de la sala estaba casi en su totalidad conformada por un solo ventanal, el más grande que he visto hasta ahora y, aun así, parecía que la luz nunca hubiera entrado a través de él.

Justo arriba de la cama, sujetado con pernos de hierro se hallaba un enorme y antiguo cuadro, tanto así, que era difícil distinguir las figuras que aparecían en él debido al desgaste de los colores. Y abajo, en la esquina más próxima a nosotros, podía verse un agujero, quizás el escondite de un ratón o algún otro animal.

Pero yo era el único que prestaba atención a esos detalles, el aire de esa noche estaba impregnado de un olor conocido por todos, menos por mí, un aroma a muerte. Sobre la cama yacía el tío Edmund, que musitaba palabras con un lenguaje ininteligible. A su alrededor nos encontrábamos: su hijo John, el vecino Austin, el ama de llaves y su hija mi amiga Nora, Rashid el jefe de la Marlow Steel Company, fundada por mi tío, además de varias decenas de personas a quienes yo nunca había visto, y después estaba yo, que en ese entonces estaba por cumplir once años. Bien pudo haber asistido James, mi hermano mayor, pero prefirió atender los deberes del colegio, al que se había mudado la primavera de 1944. Claro, James siempre estaba ocupado, tanto así, que nunca pudo responder ninguna de las cartas que le escribí, al igual que mis padres, siempre de viaje, siempre cruzando el océano; al menos eso era lo que decía el viejo Edmund y yo debía tomarlo por verdad. Mi tío era el hombre más respetado en la región, se había ganado el sobrenombre de “el rey de oros”, haciendo un curioso juego de palabras con su inmensa fortuna y su larga estadía en España, donde había escapado de la guerra haciéndose pasar por gitano; a pesar de esto, él siempre había dicho que no podía ser un rey si no tenía a su reina, daba la impresión de que aún no superaba la muerte de la tía Greta hacía cuatro inviernos. Una mujer que irradiaba tanta gracia, que uno olvidaba la tristeza con solo escuchar su voz.

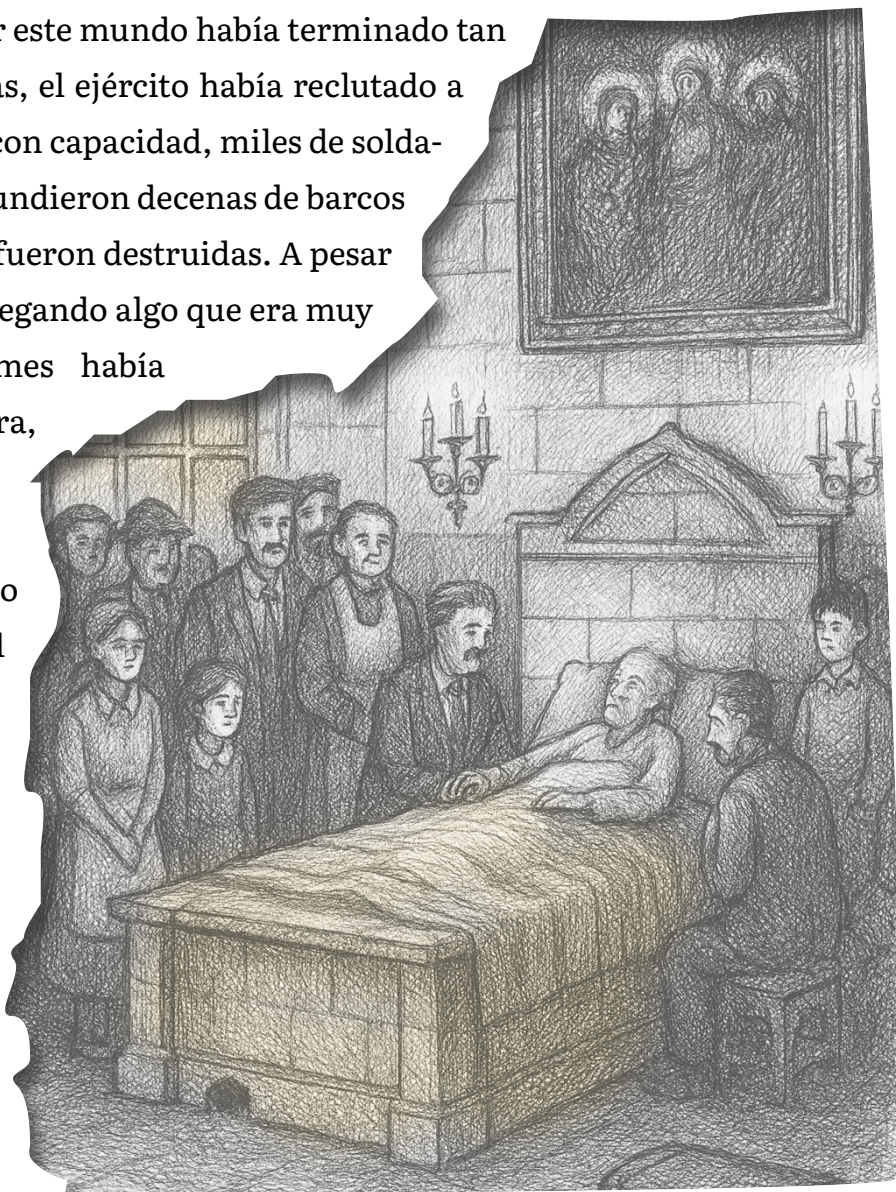
El tío Edmund solía contarnos, a James y a mí, historias sobre sus viajes al extranjero, decía haber pilotado desde avión y barco, hasta haber viajado en autobús, bicicleta, montado a caballo y que incluso había sido pasajero de ambulancia. Declaraba haber viajado a la selva de África, y que allí estuvo a punto de ser devorado por un ejército de hormigas rojas y que casi muere por picaduras de abejas asesinas. Afirmaba que viajó al desierto de Australia, donde por poco pierde su fortuna apostando en carreras de canguros y que allí las nubes son tan bellas y el cielo tan azul al punto que uno queda hipnotizado. Mencionó haber viajado una vez a México donde trabajó como maestro de inglés y que es el lugar donde se fabrican las mejores guitarras del mundo.

Dijo haber ido un otoño de vacaciones al Reino Unido, donde inventó una máquina tan impresionante que le valió un título de ingeniería, aunque para ser sincero, nunca se lo mostró a nadie. Dijo que allí pastorean a las ovejas y a los ciervos por igual; y que las hojas de un árbol tienen más color que una pintura de Van Gogh y las construcciones son más confusas que un dibujo de Escher. Por último, siempre mencionaba su viaje a España: -El lugar donde conocí al amor de mi vida. - Decía -La vi por primera vez meciéndose suavemente en el columpio de un parque de Granada, y supe que era ahí donde nacían las maravillas, ahí no hay miedo a la incertidumbre, porque lo que ayer no germinó, hoy está más vivo que nunca, es ahí donde la cigüeña regresa para amar después de haber dejado por el mundo los frutos del amor de otros. Éramos tan felices, e íbamos a serlo por toda la eternidad. - Había escuchado esa historia una y otra vez, y llegué a desear lo mismo para mí algún

día. Pero ahora ya no queda nada de eso, todo lo bueno terminó con ella; la tía Greta se había llevado nuestro último consuelo a la tumba. Mis padres no están, James no está y no es agradable que te digan que la guerra ha terminado si aún hay una guerra librándose en tu interior. Los más allegados de entre los presentes fueron llamados de uno en uno para, así, escuchar lo que tenía que decirles el viejo Edmund. La fila era larga, yo me hice el desentendido y salí de la habitación. - ¿Qué estoy haciendo? Yo no quería estar aquí. - Me dije a mí mismo. Comencé a vagar por los oscuros pasillos y solo me detuve en cuanto advertí que el barullo de la gente se había desvanecido por completo. Tenía el estómago vacío, llegué a la cocina y tomé lo primero que mi tacto confirmó que podía comerse: encontré queso, un huevo hervido y una zanahoria rancia; me lo llevé todo a la boca, me supo tan bien en ese momento.

Por esa época me apasionaba el fútbol, recuerdo que no me importaba que hubiera lluvia, incluso nieve; el tiempo pasaba despercebido cuando mi mente pensaba en el balón, traté entonces de usar eso a mi favor; quise dominar con una vieja pelota que Guido, el también senil sabueso de la familia, habría olvidado en una sala antes de haberse mudado al bosque, o al menos eso era lo que decía el tío Edmund cuando yo preguntaba por él. No di más de tres golpes a la pelota, pues parecía que los tontos zapatos que me obligaron a usar no estaban diseñados para hacer dominadas, o quizás solo buscaba una excusa para drenar mi propia frustración, a veces lo buscaba, a veces lo necesitaba. Llevé la pelota hasta mi recámara y la metí en una caja de galletas forrada en papel rojo y amarillo que el tío Edmund me había regalado durante una visita de verano. Antes

de cerrarla recordé el momento en el que abrí ese obsequio descubriendo un hermoso jersey blanco y un balón con franjas verdes, no podía ser más feliz, era maravilloso. Recuerdo que rápidamente fui con James y... - ¡Estúpido! - Me dije mientras sacudía la cabeza. De un golpe cerré la tapa de la caja y traté de pensar en otra cosa, pero ya era demasiado tarde, entonces comprendí. La mayor guerra que pudo azotar este mundo había terminado tan solo unos años atrás, el ejército había reclutado a cualquier hombre con capacidad, miles de soldados murieron, se hundieron decenas de barcos y ciudades enteras fueron destruidas. A pesar de todo yo seguía negando algo que era muy evidente, que James había muerto en la guerra, que mis padres se habían ahogado en el océano, que Guido no volvería, y que el tío Edmund no se iba a recuperar.



# El canto de la tierra

Baruc Martínez Velasco

«Edén»

Hace ya algún tiempo era recurrente, casi religioso el sonido crujiente que hacía Maricela al caminar con sus alegres huaraches por la desértica tierra de Magdalena Ocotlán. Sin premura alguna la pequeña niña, de ojos fríos y negros como el carbón, caminaba todos los días hacia la escuela de su comunidad.

Pese a la endemoniada distancia que debía recorrer, sabía que no habría momento más gratificante en el día que perderse en un amanecer de nubes incendiadas por un sol fulminante, al son de los relatos de su madre. Un buen día, Carmelita, la gran señora que acogió en su vientre a Maricela por un largo tiempo.

Comenzó a mirar a su hija con gran nostalgia mientras la pequeña acariciaba las manos duras y agrietadas de su madre. - Mamá, ¿por qué tus manos se sienten como piedras? - Con una cálida sonrisa, la madre miro a su niña y contestó - De la tierra somos y a ella volvemos - tomó un segundo para escuchar a las chicharras resonar y comenzó con una de sus fascinantes historias - Mija, ¿escuchas eso?, es el canto de nuestra tierra - desconcertada,

Maricela respondió - Mamá yo solo escucho a las moscotas - Carmelita respondió con un pequeño manazo a modo de juego y continuó - Chicharras hija, son chicharras y escúchalas bien porque nosotras somos como ellas - Maricela, pensó "Si yo no tengo cara de mosca", pero inteligentemente decidió solo preguntar - ¿Por qué somos como ellas mami? - y así la madre detuvo su paso - Mira, ves estos hoyos en el suelo?, las chicharras salieron de ahí, del suelo hija, por eso son del color de la tierra - la pequeña miraba con asombro mientras su madre pescaba uno de aquellos insectos para seguirle narrando - Siéntelas, son duras, se hacen fuertes con la tierra como nosotras y no importa lo lejos que vuelen, cuando dejan de cantar va a volver al suelo - al ver la carita de decepción de su hija, Carmelita acarició el lacio cabello de Maricela para reconfortarla y después de una ligera tos prosiguió - No hija, la muerte no es mala, empezamos a morir desde el día en que nacemos. Cuando dejemos nuestros cuerpos, podremos al fin ser parte de este suelo - con los ojos perplejos envueltos de inocencia, Maricela preguntó - ¿Entonces vamos a convertirnos en chicharras? - la madre risueña, pero con un tono imponente le respondió - Sí mi amor, solo si amas lo suficiente a la vida y aceptas con gratitud a la muerte -. El resto del camino la pequeña Maricela se mantuvo inmersa en un silencio perpetuo, mientras el canto de las chicharras le resonaba hasta el alma. Al llegar a la escuela, Carmelita dio la bendición a su hija con todo el amor que solo una madre podría brindar, y miró como se marchaba brincoteando hacia su salón.

La madre se tomó un momento para sonreírle, tomó un poco de agua, tosió con esmero, limpio las gotas de agua que quedaron

entre sus comisuras y se apresuró. Como si se tratase de una vida secreta, Carmelita se cubrió el rostro con un paliacate desgastado; agitada pero firme se dirigía a la plaza del pueblo junto con otros pobladores. Al llegar escuchaba cómo resonaban los gritos al unísono de la justicia. Un fuego interno surgió en ella y sin una pisca de miedo se dirigió a su comunidad; Doña Carmela, la gran señora, hizo callar a la multitud enardecida con su sola presencia, el respeto que infundía era tal, que cualquiera en esa comunidad la seguiría hasta las últimas consecuencias. Miró a los ojos a todos sus iguales, sintió la opresión en sus rostros y después de unos segundos gritó - No nos vamos a dejar envenenar, no vamos a dejar nuestra tierra. Esos gringos no nos van a contaminar. ¡¡¡NO A LA MINERA!!! -.

Todos acompañaron la consigna con efusividad. La turba luchaba porque las empresas mineras respetaran los recursos naturales de la zona y Carmelita hacía años que era activista social. Luchando por los derechos de su comunidad logró ganarse el respeto de todo mundo. Pero esto le habría anclado enemigos muy poderosos, con intereses por los cuales valía acallar todas aquellas voces cuya desesperación yacía del deseo porque su vida se les respetase. El punto de encuentro por fin se abarrotaba y con ello se comenzó el camino hacia la maquinaria de las empresas mineras, pues el fin de la manifestación sería cerrar de una vez por todas las empresas que envenenaron por tanto tiempo al pueblo. Con gallardía, se atrofiaron los sistemas en la maquinaria, los mineros fueron retirados con total fiereza. Nadie estaba dispuesto a soportar un segundo más a los desalmados empresarios. Doña Carmela dirigió sin compasión, hasta lograr el cometido. Al término de la



revuelta se escuchaba una felicidad ardiente, gritos de esperanza se comenzaban a dilucidar. La gran señora develó por fin su rostro, y entre felicitaciones todos comenzaron a irse... Un extraño sonido proveniente de los matorrales hizo girar la cabeza de Doña Carmela, pero al no poder enfocar algo claro decidió hacer caso omiso y prosiguió su camino en búsqueda de su hija.

Entre gritos, consignas y un largo camino, la madre y defensora del pueblo terminó su día. Al llegar a casa tomada de la mano con su pequeña preguntó - ¿Quieres chocolate mi amor? - Maricela con los ojos en frenesí, rápidamente contestó - Sí mami -. Entonces la madre puso a calentar un poco de leche, partió un trozo de chocolate y lo calentó mientras robaba un trozo más pequeño para ella y su pequeña.

Era una tarde-noche tranquila; los pájaros de alrededor se preparaban para descansar; los grillos comenzaban a tocar su clásica sonata y el sol se apagaba rápidamente, no sin antes pintar el cielo con los colores más embriagantes... Doña Carmelita pidió a su hija que se fuera a lavar las manos, a lo cual la niña se aceleró entre tropezones, pues sabía que no tendría que esperar más por su chocolate.

La leche hervía cada vez más, a tal punto en que comenzó a derramarse, el fuego reaccionaba imponiéndose ante el líquido. Todo esto mientras unas luces feroces se asomaban por la ventana las cuales, sin espera, retumbaron las ventanas entre casquillos que, cual coyotes, le desgarraban el alma a Carmelita..., a Doña Carmelita.

Maricela pudo escuchar el rugir de los motores que se alejaban fugazmente, corrió hacia su madre y logro tomar su mano. Entre sollozos, la madre le recogía el cabello, miraba a su pequeña hija y trataba de amortiguar la situación con una difusa sonrisa mientras le decía - Mi amor, ¿recuerdas la historia que te conté?, pues es cierta. Y cada mañana voy a cantar para ti, te lo prometo... - la pequeña solo sintió cómo el cuerpo de su madre se hacía más pesado y no pudo soportarlo más, la abrazó durante horas y solo pudo concebir un soplo de paz al ver a su madre siendo enterrada días después, pues por fin sería parte de la tierra que tanto amó.

# Un cuento absurdo

Santiago López Aguirre

«Darwin»

Esta es la historia de Juanito Pérez, un ciudadano común en una ciudad común. Juanito, que era algo joven, tenía una familia común y bueno en general todo era común. Por supuesto sus días también lo eran, por lo que le resultaban aburridos, gran tiempo lo que hacía era imaginar lo mucho que le gustaría que algo absurdo pasara; ya sea que llegaran los aliens, que el mundo se inundara tanto que las personas tuvieran que vivir bajo el agua o tal vez que hubiera una revolución tecnológica.

Él pedía cualquier cosa, entre más absurda fuera mejor, porque solo así escaparía de su vida común. Cada día se despertaba con la ilusión de que sería diferente, de que algo pasaría, pero desafortunadamente nada pasaba. Juanito, un estudiante de primer año universitario, se despertaba a las 5 de la mañana para poder llegar a las 7 a su escuela, que se encontraba del otro lado de la ciudad, siempre le tocaba el tráfico por más temprano que saliera.

Debido a que salía tan temprano de casa no le daba tiempo de desayunar por lo que todos los días pasaba a comprar un café con

la señora Delfina que siempre estaba malhumorada y por si fuera poco siempre le tocaba el café frío porque ya era de los últimos. Una vez dentro de la escuela Juanito se aburría más ya que parecía que los profesores odiaban enseñar, desde su punto de vista no creía que estuvieran capacitados para enseñar, lo más probable es que no les importara la clase, solo dejaban largas lecturas y pedían resúmenes que ni siquiera revisaban, lo único que le gustaba a Juanito era platicar con sus amigos donde el tema principal siempre era quejarse de lo aburrida y monótona que era la vida que tenían.

En la salida Juanito debía irse temprano a casa, prácticamente corriendo, porque si no se hacía una hora más en el transporte debido al tránsito y eso lo odiaba porque pensaba que era tiempo desperdiciado. Al llegar a casa Juanito se dedicaba a limpiar su cuarto y a realizar los resúmenes y pendientes de la escuela, muy rara vez se daba tiempo para ver una serie, una película, algún deporte o escuchar música, él prefería terminar con sus obligaciones cuanto antes y acostarse a dormir porque era ahí cuando su imaginación florecía e imaginaba todas las posibilidades absurdas que podían pasar al día siguiente. Juanito se estaba hartando, estaba llegando a su límite, ya no podía seguir viviendo esa vida, estaba desesperado, suplicaba a todas las deidades que se le ocurrieron que algo pasara, algo que lo hiciera sentir diferente; “un día feliz”.

Pero eso no pasó y Juanito cada día estaba peor hasta que llegó el día donde se resignó, aceptó su vida como era, aceptó que no puede hacer nada para cambiarla y que siempre iba a ser uno más del sistema, que nunca sería feliz. Una semana después que Juanito aceptó su destino, se levantó sin ánimos de hacer nada, la mañana

parecía tan común como todas, realizó la misma rutina mañanera de siempre, aunque cuando se metió a bañar, sintió una sensación atípica, tal vez era su necesidad de sentir algo diferente pero sintió que esa ducha, esa ducha que realizó exactamente igual a la de todos los días le había dejado una sensación positiva, como si no solo se hubiera limpiado físicamente sino mentalmente también.

Al salir de su hogar, más apresurado de lo usual porque se demoró más en aquella ducha, pasó el transporte inmediatamente y al subir se percató que había asientos vacíos, hace años que no le tocaba un lugar. La ciudad parecía más rápida, no había tanto tránsito como se acostumbraba a causa de que esta vez había policías de tránsito dirigiendo el flujo de vehículos. Esto hizo que Juanito llegara aproximadamente 30 minutos antes. Al ir a comprar su café, la señora Delfina que esta vez no parecía tan malhumorada lo recibió con un cálido saludo, Delfina que sabía perfectamente que Juanito siempre tenía el último café, le regaló un pan por las molestias además de su café que ahora sí estaba muy caliente, Juanito se sorprendió por lo que estaba pasando y se lo agradeció mucho, nunca imaginó que la señora Delfina tuviera tal consideración con él, feliz Juanito fue a sus clases. Juanito caminó lo más lento posible hacía su salón quería evitar a toda costa el ya clásico leer y resumir de cada día. Pero al llegar al salón se encontró con Carmen una profesora suplente que se había presentado en lugar de su profesor habitual. Carmen tenía una energía contagiosa rápidamente transmitía positividad. Carmen se puso a escribir en el pizarrón el tema del día, utilizó plumones de diferentes colores para ser más clara y explicó hasta el último detalle, resolvió cada

duda que se presentó, Juanito nunca había disfrutado tanto una clase donde aprendió más que en todo lo que llevaba del semestre, fue una experiencia inigualable.

Terminando las clases Juanito estaba tan contento del día que había tenido que decidió quedarse sin importar el tránsito que habría después. Él y sus amigos decidieron ir al cine, no era una de sus actividades favoritas debido a que la gente es inoportuna, los alimentos son malos y caros y bueno en general los empleados dejan mucho que desear; pero qué más daba, él quería salir de la rutina. Por más raro que parezca esta vez fue todo diferente, posiblemente a que era entre semana; no había gente ni niños molestos en la sala, los alimentos estaban frescos y deliciosos, y por si fuera poco el trato de los empleados fue ejemplar, no hubo ninguna queja ese día. Juanito empezó a sospechar que algo iba mal o que algo malo le sucedería, tenía ese presentimiento, estaba tan angustiado que se puso en alerta a todo lo que podía suceder, era absurdo el día que estaba teniendo.

De regreso a casa alerta a un posible asalto o accidente tuvo la suerte que el tránsito no fue tan horrendo como creyó, de hecho se podría decir que fue imperceptible, Juanito no estaba acostumbrado a regresar a esa hora así que desconocía si era normal, así que su ansiedad no aumentó. Cuando llegó a su casa, al abrir la puerta, le llegó un olor que despertó todos sus sentidos, siguiendo ese olor llegó a la cocina donde su madre había preparado su platillo favorito, porque sabía que Juanito no la estaba pasando bien. Juanito que amaba tanto a su madre se lo agradeció y degustó como si fuera su última comida.

En la noche antes de dormir como es costumbre empezó a analizar todo lo que le había sucedido, él sentía que había vivido una vida paralela, pensó que tal vez solo tal vez los extraterrestres lo habían raptado mientras dormía y se lo llevaron a un mundo alternativo donde todo era mejor. Pero Juanito era listo y sabía que eso era absurdo, sabía que aunque lo deseara con toda su voluntad nada de otro planeta iba a suceder, solo tuvo un día diferente, un día como el que siempre debía de tener. Fue ahí donde comprendió lo absurda que es la vida, entendió que vive en un sistema horrible donde no hay escapatoria, entendió que ahora lo que debería ser la vida es absurdo y que la realidad es triste y sin sentido.

Pero Juanito en lugar de deprimirse aceptó su destino porque ahora sabía que existen días absurdos que merecen vivirse, días que harán que se sienta vivo, ya no necesita que lleguen aliens de otro planeta solo necesita que las coincidencias estén a su favor. Vivir una vida absurda se convirtió en su filosofía de vida ya que es lo único que lo aleja de la realidad donde él nunca encajará.



# ¿Por qué el agua se tragó al barrio?

Ana Karen Chávez Valdez

«Cihuatl»

Veinticuatro de julio del año 2022, día en que una gran columna de agua cubrió mi colonia. La mayoría de las viviendas desaparecieron por completo, solo algunas tuvieron suerte que el segundo piso y azotea sobresalieran entre el espejo de agua. No había cadáveres, no había gente atrapada, solo viviendas en el fondo.

Eran las primeras horas de la mañana, yo estaba sentada en el marco de mi ventana del segundo piso contemplando con incredulidad mi colonia. Inmediatamente me di cuenta de que no se trataba de la típica inundación con aguas negras y pluviales por sistemas de alcantarillado que colapsan. De hecho, la escena adquirió un tinte mágico entre más la observaba.

¡Esto no es un desastre natural, esto es un ecosistema! Pensé, convencida de lo que estaba viendo. Para ser precisos, se trataba de una ciénega característica del centro del país. Aguas de color azul verdoso con abundantes tularas de medio metro, aves de todos los colores buscando comida y refugio, mosquitos y libélulas volando erráticamente y pequeños peces nadando velozmente.

De pronto, una pequeña embarcación de madera se acercó hasta mi ventana, la tripulación era una familia de cuatro integrantes: papá y mamá de mediana edad y dos niños no mayores de 10 años. Me ofrecieron un espacio para abordar y, una vez ahí, la embarcación se alejó lentamente.

Al poco tiempo, el papá preguntó tímidamente: Ingeniera, ¿por qué el agua se tragó al barrio? En ese momento la familia me miró esperando una respuesta elocuente confiados en que conocería la respuesta “por ser un problema de mi área de estudio”. De hecho, en mi mente me hacía la misma pregunta.

Mi abuela decía que todos estos terrenos solían ser una ciénega antes de que construyeran casas y calles, supongo que el agua reclamó su lugar –respondí a la familia. Fue la única explicación que se me ocurrió, sin embargo, no parecían sorprendidos con mi respuesta.

Más ideas me vinieron a la mente: ¿Verdaderamente estaré viendo lo que mis abuelos vieron antes de que el área se urbanizara?, ¿por qué nadie evitó en aquel entonces que la ciénega desapareciera?, ¿qué sucederá con el barrio ahora?

Después de un rato navegando por fin podía verse la orilla de la ciénega. Ahí pude ver una gran cantidad de reporteros, militares con herramientas, máquinas amarillas maniobrando y dragas. Estaba preocupada pues yo sabía que le harían daño a la ciénega. No quería que drenaran el agua hacia otro lado, pero tampoco quería quedarme sin hogar. ¿Acaso será posible vivir en armonía con aquella ciénega?

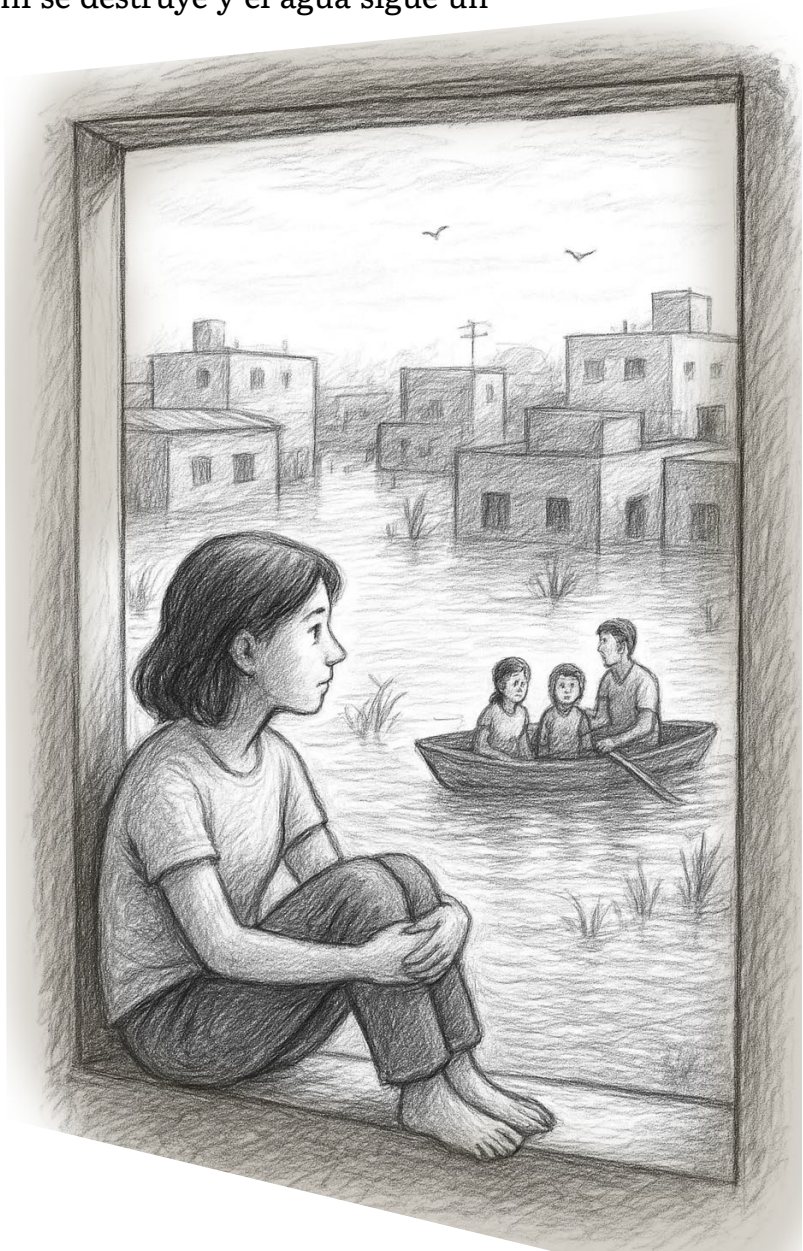
De pronto desperté muy agitada. Todo fue un raro sueño. Ingenuamente enfoqué la vista en mi ventana, sabía que no encontraría una ciénega al despertar, pero aun así eché un vistazo. Todo

seguía igual, casas autoconstruidas con tabique gris al descubierto cuya azotea albergaba chatarra y animales amarrados.

¿Algún día, el agua verdaderamente se tragará al barrio? Pienso esto mientras limpio la entrada de la casa y mi papá solicita un servicio de pipas porque ya no hay agua en la cisterna (otra vez). Qué ironía no tener agua cuando anoche llovió como diluvio y hay enormes charcos de lluvia por todos lados.

La materia no se crea ni se destruye y el agua sigue un ciclo que se repite en el tiempo. Por lo tanto, si lo pienso de otra manera, todos esos charcos de lluvia son “fragmentos” de una antigua ciénega, los cuales van directo al alcantarillado en cada temporada de lluvias.

No sé si algún día el agua se tragará al barrio y reclamará su territorio. Sin embargo, hoy llueve en la ciénega de concreto pero sus aguas se drenan lejos de aquí. Nadie quiere fragmentos de ciénega en su calle, pero todos queremos una cisterna llena.



# Participantes

***Las mentiras de papá*** Abad Villalvazo Paulina «Yue»

***Día de muertos para el olimpo*** Acosta Durán Luna Fernanda «Luna Ghost»

***Un lirio en tu lugar*** Aguilar Olea Heli Jesse «H. Patrón»

***Somnus*** Alejo Flores Miguel Angel «Mr. Dupin»

***Tlachializtli*** Alvarado Mesino Ricardo «Poetadelpueblo»

***Sentido*** Ángeles García Alex Balam «Lex»

***Era zaharrak*** Arriaga Vitela Carlos Eduardo «Luis Ladrón De Guevara»

***Me recordó a ti*** Barradas Güemes Jose Eduardo «Kayinatsu»

***El valle de los ríos*** Belaunzarán Consejo Luca Eugenio «Belisario»

***Luna al ojo de un pequeño jian*** Bracamontes Márquez Javier «Kamado Tanjiro»

***Homo*** Cabello Vega Uriel «Cabello V.»

***El taxista*** Cabrera Garibaldi Hernán Galileo «Jhonny Garibelt»

***Lágrimas de un número*** Calderón Torres Santiago «Handal»

***Neutro*** Canto Reyes Saul Uriel «Maff»

***Mirada*** Cañas Bustos Layda Sheccid «Re»

***Ladrón de corazones*** Carbajal Cortés José Pablo «J.c»

***El mítico reino de Aztlán*** Castro Pacheco Jorge Isaí «Super»

***¿Por qué el agua se tragó al barrio?*** Chávez Valdez Ana Karen «Cihuatl»

***Un día más, y nada más*** Choque Demyanchenko Bogdan Sergio

«Imaboredperson»

***Inocencia y castigo*** Correa Guerra Eduardo «Royal Pay»

***Preso del paraíso*** Covarrubias Cordero Emmanuel «Coriely C.»

***El primer día*** Cruz González Andrea «La Petite Cyandystar»

***El amigo del más allá*** De Alejo Siten Uriel Emiliano «Sitensito»

- Olvido* De Jesús Vergara Brian Esteban «Veorak»
- «Hoy he nacido...»* De la Cruz López Carlos Odette «Povette»
- El peón campeón* Espino De Horta Joaquín Gustavo «Jogehrt»
- El niño que lo creaba todo* Estrada Márquez Ángel «Anesmax»
- Tren de doce* Flores Martínez Diana «Paulina»
- La historia detrás de la electricidad* Fragoso Luna Abneriz Sarai «Abni»
- La soledad con mis fantasmas* Galicia Hernández Manuel Clemente «Marhalá»
- Corazón de mariposa* Gallegos Pérez Laura Elena «Lelenagp»
- El eterno elefante que quería morir y no podía* Galván Benítez Kevin «Moonman»
- Él* García Carreón Mario Alberto «Tyrant»
- A mis hermanos* García Pastrana Israel «Israel García P.»
- Ojos de diamante* García Carbajal Alberto «Alan Mendoza»
- La vida es libertad y la libertad es vida* García Chino Alan Eduardo «Alangear14»
- Serendipia de dos presuntos objetos no vivos* García Sitio Diego «El Ranchero»
- No fue Leonor* Garfias González Hellen «Hellen»
- Cada que sale la luna* Godínez Martínez Abigail «Aby»
- Mente, ser e ingeniería* Godínez Robles Frida Sofía «Levana»
- Hamartia* Gómez Espinosa Jorge «Jinete Del Barril»
- Pequeña criatura* Gómez García Alicia «Sypa»
- La bóveda de acero* González Acevedo Raúl Zair «Amadeus Blanc»
- Vida en sociedad* González Blando Pablo «Eisen Ritter»
- La pasajera* Granados Camacho Jorge «Aleckei»
- El callejón* Guerrero Ángeles Andrea «Triaso»
- Guerrillero* Guevara Muñoz Mariana «Moquito»
- Borrachitos, cocadas y tamarindos* Gutiérrez Alfaro Fernando «Rol De Canela»
- Yul* Hernández Bañuelos Israel «Israel «#34;Demonient«#34; H. B.»
- Alguien* Hernández Escamilla Oliver «O. Mac»
- Muerte color naranja* Hernández Jiménez Efrén Antonio «Dalia Orozco»

- El camino de los bosques* Hernández López Erik Omar «Mr.blu»
- Atentamente, tu amigo el lobo ¿feroz?* Hernández Martínez Raúl Alejandro «Janos»
- El surgimiento de una pandemia informática* Hernández Pacheco Carlos  
«Cometakarl»
- La esposa* Hernández Sánchez Ameyaltzin Sofía «Ilany»
- Tita* Hernández Arzate María Fernanda «Ferarz»
- Sueños contenidos en estrellas* Jaime Rodríguez Gustavo Maximilian «Vitalis»
- La melodía del fin* Juárez Meza Aldo «Sir Wingy»
- Señora* Juárez Lozano Catherine Melisa «Ladynoir»
- La ligereza* León Aguilera Alexa Aline «Alexa»
- Un regalo de cumpleaños* Leyva Díaz Michelle Danahé «Michelle Danahé»
- ¿Un simple recuerdo?* Lobato Rodríguez Aldo Alejandro «Guezdron»
- Un cuento absurdo* López Aguirre Santiago «Darwin»
- Encuéntrame* López Pitalúa Sandra Jazmín «S.j. Pitalúa»
- Un nuevo amigo* López Rangel Juan José «Dinosauriodcartón»
- Áshvattha* López Martínez Diego Omar «Y.h»
- El gato de schrödinger* Maciel López Luis Gabriel «Martin S. Langford»
- El recipiente* Marín Gómez Jorge «Niko Cooper»
- La bruja de la montaña* Marino Abarca José Guadalupe «Joseph Sterf»
- La cabra* Martínez Toribio Carlos «Charly»
- El canto de la tierra* Martínez Velasco Baruc «Edén»
- La sombra de mi* Martínez Pascual Jimena «Rojo Azul»
- Esperando un milagro* Martínez Roque Rogelio «Cinnamon»
- Eko* Montiel Navarrete Eliuth «エリオット»
- Descenso* Morales López Carlos «Charly34003c»
- Las desavenencias de los procesos en línea* Morales Velázquez Paloma «Paloma»
- Inesperado* Moreno Tadillo Laura Ilana «Laila»
- Yellowish y la búsqueda del cascabel* Núñez Sánchez Luis Enrique «Wisho»

- Ojiazul* Ojeda Santiago Maria Fernanda «Lluvia Terra»
- El gorrión y la luna* Olivera Torrico Laura Valentina «Valu»
- Siguiente parada* Ordaz Márquez Jimena «Maror»
- Algo común de una persona cualquiera, en una noche como esta, tal vez en un pueblo sin mal* Ortiz Gómez Arnulfo «Quitute Del Lago»
- La muerte de un niño* Ortiz Muciño David Francisco «Davidfranom»
- Crónicas de la cuarentena: roles de canela* Ospino Mérida Emilio Sebastián «Ludwig Tesla»
- Último quiebre* Palacios Ruiz Marco Antonio «J.v Ruiz»
- Sueño mortal* Palacios Soto Alejandra Alondra «Samcat»
- Desde mis ojos* Peña Carmona Jesús Alejandro «Ale Carmona»
- Dulces sueños* Peña Esquivel Bryan «Slumber»
- Mar* Peña Merchan Christian Santiago «Shiba»
- Un pedazo de luna en el bolsillo* Perdomo Monroy Zaira Berenice «El Principito»
- Títeres* Perez Hernández Hector «Tiki»
- El ángel de la noche* Pérez Eleuterio Francisco Javier «Timoteo Ortega»
- Veridis quo* Pérez Eslava Brenda Roselia «Piloncillo Agridulce»
- Dos nopales* Puente Mejorada Luis Alen «Narvaez Marx»
- Terrores nocturnos* Ramírez Martínez Eneri Aric «Nrikuik»
- Tu mundo* Ramírez Domínguez Karla Jazmín «Jquantum»
- Romeo* Ríos Flores Ana Paula «A.rios»
- La mano de la verdad* Rivas Hernández Ernesto Daniel «Cesar Serrato»
- Meteorito interrumpido* Rodríguez Uribe Omar«Mho\*»
- Buenas noches* Rodríguez Castillo Lorena Guadalupe «Lena G.»
- Laberinto de la librería* Rodríguez Galicia Johann Leviatan «Hann Levi»
- El oso y el bosque* Romero Alvarado Paulina «Pi Pau»
- Aventura matutina* Rosas Rivera María Guadalupe «Ajolote Negro»
- Una taza de café al día* Ruiz Aguilar Cristian Jair «Élan Ruiz»

- Inmiscibles* Sánchez López Ernesto «Huitzilin»
- El tiempo del mundo* Sánchez Manzano Mariana «Zako»
- Algo nos sigue* Sánchez Miguel David «Rojo Desollado»
- Ruidos* Sandoval Osorio Sinai «Velo»
- Cielo azul* Santillán Domínguez Jesus Ademar «Adespider»
- Tomando al diablo por los cuernos* Santillán Gallegos Jorge Refugio  
«George.d.ripper»
- Mi nuevo mejor amigo* Serret Esparza Jaime «Goyo»
- El pequeño guía* Silva Alarcón Cristina «onrisa Azul»
- Compartimos sueños* Silva Aquino Marco «Ttsa»
- El vino* Silva Muñoz Óscar Arturo «Lo»
- Y aquí viene otro día* Soto García Viridiana «The Mind»
- El tren que nunca llegó a su destino* Tapia León Paola «Roxta V»
- El hombre sin rostro* Téllez Vélez Estefany Yaret «Pequeña Escritora»
- El duende y la flor* Tolentino Guerra Jose De Jesús «Kychy»
- Lo mejor de mí* Trinidad López Manuel Wenceslao «Wens»
- Demasiado tarde* Uribe Nogueron Isaías «Microbitto»
- Un niño de verdad* Valencia Hernández Víctor Alejandro «Valentín Godard»
- Gotas* Vázquez Lara Elisa «Kuri»
- Los maniquís no hablan* Ventura Ricárdez Jeremy Alexis «Jksmcp»
- ¿Qué nos depara?* Vértiz Flores Yahir «ubukiver»
- ¿Qué podría ver una piedra?* Virgen Rojas Juan Francisco «Viju»
- Sonrisas* Zepeda Pérez Iván «Pan»
- Arthur y el aguacate* Zerón Montes Michelle «Elena Nito»



**Décimo Concurso de Cuento**

**Gonzalo López de Haro**

se publicó digitalmente en el repositorio  
de la Facultad de Ingeniería, UNAM,  
en mayo de 2026.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron  
a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial  
de la Facultad de Ingeniería. Las familias  
tipográficas utilizadas fueron Literata y  
Cambria con sus respectivas variantes.